

lo que en el sueño había visto, púsose en camino sin saber adonde iba, sino que el Señor, por cuya voluntad aquellas cosas se hacían, la condujo hasta el lugar donde vivía dicho sacerdote; el cual viendo venir á Gelida, inspirado por el Espíritu Santo, entendió el motivo porque iba, y comenzó á explicarle la vida de Jesucristo, su muerte y otros artículos de la fe. Permaneció Gelida con el santo varón por espacio de tres días ayunando, haciendo oración y oyendo sermones, y luego recibió el bautismo, quedando tan inflamada en el amor de Dios, que puso en olvido todas las cosas del mundo.

Liro por este tiempo, marido de la difunta Floris y cuñado de la Gelida, casó con una prima hermana de su primera mujer llamada Florencia, de la cual tuvo otros dos hijos, uno muy hermoso y otro leproso, flaco y muy desmedrado. Gelida dijo: «Hermana mía, si tú supieras el misterio que Dios ha obrado contigo, verías que tienes mas ocasión de alegrarte que de entristecerte; porque en darte Dios este hijo tan asqueroso entiende que ha querido significarte cuan sucia y asquerosa es la ley de la gentilidad que tú profesas. Y si tú quieres que alcance salud, cree en nuestro Señor Jesucristo, tú y tus hijos recibid el santo bautismo, y verás las maravillas del Señor.» Tras estas razones le refirió todo cuanto había oído y visto del sacerdote Estéban; y siendo inspirada Florencia por la gracia del Espíritu Santo, rogóla que enviase inmediatamente por el dicho sacerdote Estéban.

Vino pues el santo sacerdote á casa de Florencia, y en ella estuvo por espacio de seis meses, enseñándole la fe, y luego dió el bautismo á ella y á sus dos hijos. Quiso aquí la divina Majestad mostrar una gran maravilla, porque luego que el hijo leproso fué bautizado curó de su enfermedad. De lo cual tomó Florencia motivo de amar al Señor con mayor fervor y pidió que la dejasen oír misa. Fuéle concedido, y estando celebrándola el sacerdote, al levantar la sagrada hostia, German y Paulino vieron por los resquicios de la puerta á Jesucristo Salvador nuestro en sus manos, y luego comenzaron á dar voces, y con grande prisa entraron al aposento que les servía de iglesia, y acabada la misa, recibieron el bautismo. Despues que el ministro hubo acabado la misa y bautizado los dichos santos mancebos, estando hablando con Florencia, mientras Gelida andaba ocupada en los quehaceres domésticos, llegó su marido, y hallándola sola con aquel eclesiástico, movido de irreflexivos zelos y lleno de cólera, tomó la espada y quiso matar. Pero mostró entonces Dios su poder, pues el dicho hombre quedó allí rabiando y sin poder moverse. Entonces Gelida y Florencia se postraron delante el altar de nuestra Señora

rogando á Dios que le quisiese remediar. Acabada la oración vieron adonde estaba Liro mostrándole á su hijo curado de la lepra y dijéronle: «Si tú crees en Jesucristo y recibes el bautismo, recobrarás la salud.» Viéndose Liro atormentado de aquella manera, dijo: «Yo creo en Jesucristo, y quiero ser bautizado;» y quedó al instante curado. Avisado de esto Estéban, acudió allí y lo bautizó.

Despues Gelida se fué á su casa con su marido Siro, el cual hallándola un día en la cámara haciendo oración, y entendiendo que era cristiana, tomó un cuchillo para degollarla. Pero al punto le apareció el ángel del Señor en figura de niño, con gran claridad, y echó á Siro en tierra, de tal suerte que toda la noche estuvo fuera de sí. Venida la mañana Gelida llamó á su prima Florencia y á Liro marido de ésta, y ellos entendiendo el caso pasaron á visitar á Siro, que estaba como muerto; mas despertando luego llamó á su mujer, y en presencia de todos los que allí estaban, dijo lo que había visto, y muy espantado le pidió perdon, y diciendo que quería ser cristiano, recibió el bautismo.

Los santos cuatro mancebos German, Paulino, Justo y Scicio, llegando á edad competente se aficionaron á la albañilería, entretalladura y mazonería, en cuyas artes salieron tan aventajados, que eran muy conocidos por su superioridad. Porque de mazonería y entretalladura hacían estatuas muy primorosas así en piedra como en madera. Muertos ya sus padres, perseveraron viviendo juntos y sin casarse, dándose todos á Dios, y merecieron tanto delante de él, que por ellos hizo muchos milagros. Entre otros aconteció que labrando una casa en el lugar dicho Ultramort, un peon de los que ayudaban al edificio, cayó y se quebró los brazos y piernas de tal suerte, que no había esperanza que viviese. Viendo los Santos al pobre hombre con tanta necesidad, acudieron luego á él, y levantándolo de la tierra, é invocando el nombre de Dios lo curaron de tal suerte, como si nunca tuviera enfermedad alguna. Acabada la obra, fueron á Flassa, y entrando en el lugar, vieron un sordo y mudo de su nacimiento, los cuales teniendo compasión de él, acercáronsele, y tocándole las orejas y lengua le dijeron: «Hombre, oye y habla, y da gracias á Dios.» Y luego el mancebo cobró el oído y la palabra, bendiciendo al Señor.

Comenzóse á divulgar la fama de este hecho por toda la villa de Flassa, y nuestros Santos queriendo huir las alabanzas de los hombres, se fueron á la villa de Monells. Llegados á ella hallaron un hombre endemoniado, é invocando el nombre de Jesu-

cristo sobre él, le curaron, dejándolo bueno y sano. Viendo los gloriosos Santos que allí tambien se divulgaba su fama, fueron á Gerona, y llegando á una de las puertas de la ciudad, hallaron un hombre viejo y cojo que pedia limosna; acercándose á él le dijeron: «En nombre de Jesucristo levántate y camina;» y luego el hombre se levantó y fué tras ellos.

Imperaban entonces Diocleciano y Maximiano, cruelísimos enemigos de Jesucristo, los cuales enviaron el presidente Daciano á España, para que persiguiese á los cristianos. Llegado este tirano á Gerona, prendió á S. Felix, que habia venido de Ampurias y entrególo á Rufino su teniente; aunque algunos autores dicen que no le prendió Daciano sino el mismo Rufino, enviado por aquél desde Valencia. Pidió pues Rufino si se hallarian en Gerona oficiales de mazoneria y entretalladura para hacer ciertos dioses de madera ó piedra. Y como la habilidad de los santos artistas era bien conocida, Rufino los llamó, diciendo: «Tengo entendido por fama ser vuestra habilidad grande, y así os he llamado para que me hagais ciertos dioses del pueblo romano, á los cuales quiero que adoren todos los hombres y mujeres.» Respondió el glorioso S. German en nombre suyo y de todos los otros, y dijo: «Todos los dioses de los gentiles son demonios, porque no hay sino un Dios que ha hecho el cielo y la tierra. Yo me maravillo que nos digas que hagamos tus dioses; porque si nosotros los hiciéremos, mejores seremos que ellos, pues es claro que el factor es mejor que la hechura. Conoce, ó Rufino, á Dios criador del cielo y de la tierra, que por su gran misericordia ha enviado á su Hijo, el cual nació de Maria Virgen, ha padecido por los pecados de los hombres, y este es el Rey de los reyes, y Señor de los señores.» Oyendo esta respuesta Rufino, mandó que los echasen en la cárcel y que estuviesen en ella sin comer, para que de esta manera acabasen la vida por hambre, mandando á las guardias que tuviesen gran cuenta no se les diese cosa alguna. Pero el ángel del Señor vino á la misma cárcel y les consoló con palabras de mucho amor y esfuerzo, diciendo: «Caballeros de Jesucristo, no temais, porque el omnipotente Dios no os dejará;» y habiéndoles dado consuelos desapareció.

Pasados ocho dias fueron presentados delante de Rufino, quien mandó que los desnudasen y azotasen con pelotas de plomo, y que les volviesen de nuevo á la cárcel, en la cual aparecióseles otra vez el ángel del Señor para darles consuelo y esfuerzo, y les curó las llagas. El dia tercero Rufino los hizo traer delante de él y hablóles con palabras blandas, diciendo: «¿Para

qué quereis morir por el Crucificado? Dejad á Cristo y negadlo adorando nuestros dioses, porque yo os haré grandes en la tierra, y haré tambien que todos os honren.» Entonces los santos mártires todos á una voz respondieron: «O miembros de Satanás, adorad vosotros vuestros dioses, que nosotros creemos en Jesucristo y nunca adoraremos otro Dios sino á él.»

Viendo Rufino la constancia de los Santos, hizo traer un tribunal delante del portal de la Valltenebrosa, y sentado en él, dió la sentencia siguiente: á German que decia que Dios era Padre omnipotente, y su Hijo unigénito, le quebrasen la cabeza con una piedra y martillo; á Paulino que decia que Cristo habia muerto en una cruz, fuese degollado; á Justino que afirmaba que Cristo era cabeza de la Iglesia, le cortasen la suya; y Scicio que decia que Cristo nuestro bien envió el Espíritu Santo sobre sus Apóstoles en lenguas de fuego, fuese quemado.

Pronunciada ya la sentencia, los mártires dieron gracias al Señor que les habia hecho merecedores no solamente de padecer trabajos por su amor, sino tambien de dar por él la vida. Y estando los sayones ejecutando la cruel sentencia, fué oida una voz del cielo acompañada de un gran trueno, que dijo: «Preciosa y dichosa es delante del Señor la muerte de sus Santos.» Oyendo esto Rufino se espantó tanto que cayó en tierra postrado, y temblando con gran temor entró dentro del portal, mandándole cerrar á piedra y cal de tal suerte, que de entonces acá no se ha abierto, y el pueblo huyó á sus casas.

Algunas mujeres devotas vinieron de noche, y tomando los sagrados cuerpos de los mártires sepultáronles en la iglesia de nuestra Señora fuera de los muros de la ciudad, donde es ahora la iglesia de S. Felix, poniéndoles en sepulturas de piedra mármol, y haciendo en cada sepulcro su letrero, que declaraba quién era el que estaba allí sepultado. Fué este martirio por los años del Señor de 300.

Algunos siglos despues Carlomagno conquistó de los moros la ciudad de Gerona, é hizo de su mezquita iglesia catedral, al cual entonces fué revelado que los dichos santos cuatro mártires estaban sepultados en la iglesia de S. Felix; y el devotísimo príncipe hizo traer sus santas reliquias á la iglesia catedral y ponerlas con reverencia en el altar de nuestra Señora.

Pasados despues muchos años, el venerable Arnaldo de Monrodon, canónigo de la Seo de Gerona, hizo una capilla en honor de estos benditos mártires con sepulcros para cada uno de ellos, y en ella fueron trasladados sus sagrados cuerpos, donde ins-

tituyó un beneficio; y por esto fué á Roma, de donde trajo esta historia.

Grandes son los favores que estos bienaventurados alcanzan de Dios para sus devotos. Roguémosles que nos alcancen de su divina Majestad que acertemos en servirle en esta vida, para que en la otra gocemos de su gloria. Celébrase su fiesta en Gerona, el lunes despues de la Santísima Trinidad, y nómbrales en las colectas de la misa y oficio divino. (*Domenech, historia de los Santos de Cataluña.*)

#### SANTA MARINA, VÍRGEN.

La gloriosa vírgen Sta Marina fué egipcia de nacion. Su padre no teniendo otra hija sino á ella, la dejó encomendada á un deudo suyo, y entróse en religion, donde sirvió al Señor con grande obediencia. Y como un dia estuviese muy afligido con el cuidado que le daba la hija, preguntóle el abad la causa, y respondió que la ocasion de su tristeza era haber dejado en el siglo un solo hijo que tenia, no queriendo declarar que fuese hijo. El abad por lo mucho que le queria, dióle licencia para que su hijo fuese recibido en el monasterio por religioso de aquella santa congregacion. El padre con este motivo mandó vestir á Marina en traje de hombre, y llamándola Marino, fué recibida en el convento y tomó el hábito, teniéndola todos en opinion de hombre, como lo parecia, y así la llamaban Fr. Marino; la cual comenzó á vivir muy religiosamente, preciándose de ser muy obediente á todos.

Seria de edad de diez y seis años, quando estando su padre en el artículo de la muerte la llamó, y confirmándola en su santo propósito, la mandó que no revelase á persona alguna que fuese mujer. Murió el padre, y ella guardó muy bien su consejo sin descubrir á nadie el secreto.

Los religiosos de aquel monasterio tenian costumbre de traer con un carro y bueyes lo que era necesario para la provision de él. Alguna vez la dicha Santa, mandándolo el abad, fué con el carro, ayudando á los frailes á traer leña y lo que se ofrecia mas. Sólían muchas veces estos religiosos hospedar en casa de un noble señor llamado Pandochio, quando se les hacia tarde para volver al convento. Aconteció, pues, que la hija de este noble caballero anduvo libremente con un soldado, y quedó embarazada; la cual dijo que Fr. Marino habia hecho aquel delito. Pandochio hizo saber al abad como su hija habia sido deshonorada, segun ella misma afirmaba, por Fr. Marino. El

abad preguntó á éste como habia cometido tan gran maldad, principalmente en casa de aquel caballero, de quien recibian tantos beneficios. La Santa confesó que habia pecado, y de aquello pidió con grande humildad perdon. Entonces el abad mandó que la disciplinasen muy bien y luego que la echasen del convento. La gloriosa Santa recibió todas estas penitencias con grandísima paciencia, de tal suerte, que estuvo tres años delante de las puertas del monasterio sin apartarse de allí, no comiendo cada dia mas de un bocado de pan; con lo cual se sustentaba perseverando en penitencia, como si ubiera cometido aquel pecado.

Pasados tres años y quitada la leche al niño, enviéronle al abad, el cual lo dió á Fr. Marino para que lo criase. La gloriosa penitente lo crió como si fuera su propio hijo, y estuvo con él mucho tiempo sin apartarse de las puertas del convento. Finalmente los religiosos viendo la paciencia y humildad de Fr. Marino, tuvieron compasion de él, y hablaron en su favor al abad, y con su licencia le hicieron entrar al convento con el niño. El abad le impuso en penitencia que barriese todas las inmundicias de la casa é hiciese todos los oficios mas viles, y trajese toda la agua que era necesaria para el servicio del convento. La Santa hacia lo que se le mandaba con alegría y sufría todas estas cosas con paciencia, dando por ello gracias á Dios. El cual viéndola rica de grandes riquezas celestiales y de una rara paciencia, fué servido despues de tantos trabajos llamarla para el eterno descanso de su gloria.

Muerta esta bienaventurada Santa, mandó el abad que la sepultasen fuera del monasterio, pretendiendo que habia muerto impenitente. Pero como los religiosos lavasen su santo cuerpo, insiguiendo la costumbre de aquella tierra, hallaron que era mujer; y espantados confesaron haber cometido grande pecado contra la Santa. Entendiendo el abad lo que pasaba, mandó enterarla honoríficamente, y con grandes lágrimas pidió perdon á Dios y á ella por sí y por sus súbditos, por lo que con ignorancia le habian hecho mal pasar sin tener culpa.

Quiso su divina Majestad honrar á esta su sierva despues de muerta con grandes milagros que se hacian en su sepultura. Ni quedó sin castigo la señora que la habia calumniado, porque el demonio se apoderó de ella, á cuya causa, traída al sepulcro de la Santa confesó públicamente su pecado, diciendo de quién habia concebido, y despues de siete dias fué libre por sus méritos é intercesion.

Fué su muerte segun el Martirologio romano en tal dia como

hoy, á mediados del siglo VIII; y la traslacion de su cuerpo á Venecia se verificó á 17 de julio por un cierto Jaime de Bota, veneciano muy devoto de la Santa, en una nave que hacia el tráfico de Romania á Venecia, y le hizo poner en la iglesia parroquial de su mismo nombre en dicha ciudad de Venecia.

Aconteció que cuando los marineros traian el cuerpo de la Santa padecieron terrible tempestad en el mar, de la cual fueron libres tan luego como invocaron su intercesion.

Despues vino el bendito cuerpo de Sta. Marina al convento de nuestra Señora de la Merced en Barcelona, cuya dádiva hizo la reina de Aragon D.<sup>a</sup> Margarita, mujer que habia sido del rey D. Martin, como consta del auto de donacion que está guardado en el mismo reliquiario donde están dichas reliquias, y cuya cláusula copiada del original del auto, puede verse en la *Vida de los Santos de Cataluña por Domenech*. Hizose donacion en 10 de febrero del año de 1420.

*La misa es en honor de los santos Marco y Marceliano, y la oracion la siguiente:*

Concédenos, ó Dios omnipotente, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tus santos mártires Marco y Marceliano, seamos libres por su intercesion de todos los males que nos amenazan. Por nuestro Señor, etc.

*La Epistola es del cap. 5 de la de S. Pablo á los Romanos.*

Hermanos: Justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por el cual tenemos acceso en virtud de la fe á esta gracia, en la cual estamos constantes, y nos gloriamos con la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. No solo esto, sino que nos gloriamos tambien en

las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion produce la paciencia, la paciencia el exámen, y el exámen la esperanza, la esperanza despues no confunde, porque la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fué dado.

#### REFLEXIONES.

La esperanza nace de la fe, y la caridad es inseparable de la verdadera fe y de la verdadera esperanza. El que verdaderamente cree, espera; el que verdaderamente espera y cree, ama.

La luz de la fe nos descubre en Dios un poder tan ilimitado, una bondad tan infinita, una felicidad tan llena y tan sobreabundante, con una infalibilidad tan esencial y tan caracterizada, que no parece posible tener fe viva y no amar á Dios sin reserva; como tampoco lo parece amarle con perfecta caridad, sin esperar de su bondad con firme confianza los bienes que nos tiene prometidos, y que Jesucristo nos mereció; cuales son la salvacion eterna, y aquellas gracias y auxilios que nos son necesarios para llegar á este dichoso término. La esperanza dudosa ó poco firme, es señal de una fe medio apagada; el que ama poco, espera menos. Es la fe el fundamento del edificio; nunca flaquea sin que el edificio se resienta; la fe sin obras es muerta, y el justo vive de la fe. Si queremos tener una justa idea de lo que creemos, no hay mas que examinar lo que obramos; al paso que se fueren estragando nuestras costumbres, experimentarémos que se va disminuyendo nuestra fe. Ninguna cosa fomenta mas, ni aun tanto, la esperanza, como la inocencia y la piedad. Quien desea animar su confianza, avive su fervor; las misericordias del Señor y su bondad hacen mas impresion en una conciencia pura; alérase la fe en estragándose el corazon.

La esperanza no engaña ni confunde: *Scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est*: sabed, hijos míos, dice el Espíritu Santo por el Eclesiástico, que ninguno esperó jamás en Dios que fuese confundido en su esperanza. *Quis enim permansit in mandatis ejus, et derelictus est?* Porque ¿quién permaneció constante en la observancia de sus mandamientos que jamás se viese desamparado? La misma proposicion ó el mismo desafio pudiéramos hacer nosotros; pero nuestra infidelidad confunde y hace vana nuestra esperanza. Esta es la que mas consuela á un cristiano; ella suaviza los trabajos de esta vida; ella sostiene nuestra paciencia; ella nos alienta en las adversidades, sufriendolas con alegría, cuando se pone la vista en el premio que nos espera. Hay tan poca proporcion entre el salario y el trabajo, entre la gloria del triunfo y la ligereza del combate, entre el camino y el término, que con mucha razon podemos decir con S. Pablo: *Non sunt condignæ passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*: ninguna proporcion tienen los trabajos de esta vida temporal y caduca con la gloria que nos espera en la eterna. Derrámesese el amor de Dios en nuestros corazones, y fácilmente comprenderemos este oráculo. Al que ama á Dios todo se le hace fácil.

*El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.*

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos: Ay de vosotros que edificais monumentos á los profetas, y vuestros padres fueron aquellos que los mataron. Ciertamente dais testimonio de que consentis en las obras de vuestros padres; porque ellos quitaron la vida á los profetas, y vosotros les edificais sepulcros. Por eso la sabiduria de Dios dijo: Yo les

enviaré profetas y apóstoles, y á unos matarán, y á otros perseguirán para que se pida cuenta á esta generacion de la sangre de todos los profetas que se derramó desde el principio del mundo; desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Y así os digo que se pedirá cuenta á esta generacion.

#### MEDITACION.

##### *De la falsa conciencia.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que la conciencia, hablando propiamente, es aquella aplicacion de la ley que cada uno se hace á sí mismo. Esta aplicacion de la ley de Dios cada cual se la hace segun sus fines, segun sus alcances, segun el carácter de su entendimiento, y muchos segun los secretos movimientos, la inclinacion y la actual disposicion de su corazon. De aquí nace que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun, que formarse en el mundo una falsa conciencia, una conciencia conforme á sus deseos, arreglada á sus intereses; y esto es lo que estraga las costumbres, y lo que necesariamente desordena la conciencia. Considerado el orden de las cosas, que es el orden de Dios, la conciencia debia ser la regla de los deseos, y no los deseos la regla de la conciencia; pero esta es la ilusion y la iniquidad á que estamos sujetos: en lugar de arreglar los deseos por la conciencia, hacemos conciencia de los mismos deseos, y porque aquella se funda en éstos, todo lo que deseamos y queremos nos parece justo y bueno: *Quodcumque volumus bonum est*; y pasando adelante el error, tal vez nos parece perfecto y santo: *Et quodcumque placet sanctum est*. El entendimiento es el juguete del corazon, y nosotros lo somos de nuestra falsa conciencia. No se consulta ni la ley de Dios, ni el Evangelio; todo se pesa en nuestra balanza, y todo se juzga en nuestro tribunal; queremos que sean las cosas aquello que quisiéramos que fuesen; lo mas falso, lo

mas inicuo y lo mas condenable, á fuerza de quererlo, es para nosotros lo mas cierto, lo mas justo, lo mas meritorio y lo mas perfecto. ¿De dónde viene este desorden del corazon? De que no se consulta á la razon, ni mucho menos á la religion y á la fe, sino á la pasion; solo se da oidos á la voz de los deseos y del interés; este solo oráculo se respeta. De aquí nace el ahogarse los mas vivos remordimientos de la conciencia; por vivos que sean, le sobran fuerzas á la concupiscencia para sufocarlos. En apoderándose el amor propio ó la pasion del tribunal de la conciencia, todos los pleitos, todas las dudas se declaran en su favor. Este es el origen de aquellas repentinas mudanzas que asombran; de aquellos caprichos, de aquella dureza de juicio, de aquella obstinacion en el propio dictámen, que dan tanto que hacer; de aquellos desvarios en puntos de fe que nos arrancan tantos suspiros. Apenas hay heresiarca, cuyos errores no hayan dimanado de este principio; ni los herejes fomentan los suyos sino por medio de estas falsas conciencias. De ellas nacen los descaminos de tantos hombrecillos testarudos, y de tantas mujeres alucinadas; búsquese el origen, y se hallará que fué la concupiscencia, la ambicion, la pasion y el interés. Buen Dios, ¿qué tribunal hay mas comun el día de hoy que el de la falsa conciencia?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay cosa mas perniciosa ni mas digna de temerse que la falsa conciencia. Todo error es peligroso, singularmente en materia de costumbres; pero no le hay mas perjudicial ni de mas funestas consecuencias, que el que inficiona el principio ó la regla de las mismas costumbres, que es la conciencia: *Si tus ojos no están claros*, dice el Salvador, *todo tu cuerpo andará en tinieblas*. Los ojos de que habla el Señor no son otros que la conciencia que nos alumbrá, que nos guía, y que gobierna nuestras acciones. Si esta conciencia, que es el farol de nuestra alma, viene á apagarse, ó en parte á oscurecerse, necesariamente hemos de dar muchos traspiés. Con una falsa conciencia no hay mal que no se cometa, y se comete con toda seguridad; esto es, sin esperanza de remedio.

Considera hasta dónde pueden y suelen llegar los desórdenes de una conciencia ciega y presuntuosa desde el mismo punto que se mete á ser conciencia. ¿Qué delitos no escusa? ¿qué maldades no colorea? Cuando la conciencia va de acuerdo con el amor, con la inclinacion á los pasatiempos, con la ambicion, con la concupiscencia; cuando se forma por la animosidad, por el desquite y por el odio; pervertida por una parte, y presumida de

conciencia por otra, todo lo emprende, á todo se arroja, todo lo encubre, todo lo santifica, y todo lo permite. ¿Quién podrá poner límites á la pasión, cuando esta no tiene freno? ¿cuando la autoriza hasta la misma conciencia? La falsa conciencia es un abismo sin suelo: *abyssus multa*. ¿Pero quién podrá salir de este abismo? No hay voz que grite, no hay trueno que espante: por el contrario, la misma conciencia sosiega, asegura, tranquiliza, adormece, amodorra, y hace que tengamos por enemigos de nuestra quietud todo lo que nos despierta, todo lo que nos inquieta, todo lo que nos perturba. ¡O santo Dios, y qué cosa tan terrible es una falsa conciencia en paz y en calma! A esto tira ella. No hay estado mas infeliz, no hay desdicha mas digna de temerse: el hombre mas disoluto, el pecador mas impío, esos son los mas tranquilos, los que menos sienten el peso de su iniquidad. Los remordimientos de una conciencia recta y verdadera dejan alguna esperanza al arrepentimiento y á la penitencia; pero la falsa conciencia tiene al pecador tan contento de sí mismo, tiénele sepultado en tan espesas tinieblas, que nada es capaz de abrirle los ojos para conocer que se descamina y que se pierde; esta funesta calma hace irremisible su mal. Los judíos erigian magníficos mausoleos á los profetas, á quienes sus mismos padres habian quitado la vida, y creian hacer gran servicio á Dios persiguiendo á los hombres justos. ¡O Dios mio, cuántas conciencias hay cauterizadas, segun la frase de la Escritura! ¿cuántos sistemas de conciencia, á cuya sombra reinan las pasiones, se fortifican los errores, y se estraga el corazón!

No permitais, Señor, que me suceda esta desgracia; venga sobre mí cualquiera otro castigo, antes que el de estas desdichadas tinieblas. ¿Cuales han sido hasta aquí mis caminos ó mis descaminos? ¿Cuántas veces quise autorizar mis desvarios, y calmar mis remordimientos, sufocando las luces de vuestra gracia! Haced, Señor, que estas se vuelvan á encender en mi alma; concededme este favor, pues ya no quiero otra regla de mi conducta que la de vuestra santa ley.

JACULATORIAS. — Guíadme, Señor, por el camino de tus santos mandamientos, y entraré derecho por el de la verdad y la justicia. (*Psalm. 85.*)

Haced, Señor, que jamás pierda de vista vuestra santa ley. (*Matth. 20.*)

#### PROPOSITOS.

1 Desde hoy has de procurar comprender bien los funestos

efectos de una conciencia errónea, sea en materia de fe, sea en materia de costumbres; es un manantial de aguas emponzoñadas que comunica su veneno á todos los arroyos que salen de él, siendo el mal tanto mayor, cuanto hace menos ruido. La falsa conciencia da la muerte sin dolor, por explicarme de esta manera. Se yerra, se descamina groseramente con tranquilidad; se peca contra las mas sagradas leyes de la religion; y falta poco para que no se juzgue meritorio el odio y la venganza que se abriga en el corazón, y aun se comunica á las acciones, juzgando meritoria la ambición, la vanidad, la profanidad, la dureza y la avaricia. ¡Cuántos viven amodorrados con una falsa seguridad en medio del error! ¡cuántos retienen los bienes ajenos, ó usan mal de los propios! ¡cuántos pasan la vida en comunicaciones ilícitas, en diversiones peligrosas, en una ociosidad nada cristiana al abrigo de una falsa conciencia! Cita desde luego á la tuya ante el tribunal del Evangelio: pues ella juzga de todo, bien es que de cuando en cuando sea también juzgada; y supuesto que tienes una regla segura de la fe y de las costumbres, examina con sinceridad si te has desviado de esta regla.

2 Desconfía de tu propio juicio; mira que está muy espuesto á ser corrompido por el amor propio y por las pasiones. Consulta con un santo y sabio director, y en su compañía examina si tus ideas, tus máximas y tu conducta se conforman con las máximas del Evangelio. ¿Es muy pura tu fe? ¿no te dejas llevar de algunas falsas preocupaciones, siguiendo cierto espíritu de parcialidad? ¿ríndeste á las decisiones de la Iglesia con una sumisión entera, humilde y universal? ¿no son alguna vez tus pasiones la regla de tus costumbres? ¿esa insaciable avaricia, esa dureza intratable, ese espíritu de venganza, esa sensualidad, esa delicadeza, ese apetito á la libertad, son pruebas de una conciencia muy recta? Júzgate desde luego sin piedad, y no esperes á que venga la muerte á ponerte de par en par las maldades de tu conciencia.

#### DIA XIX.

#### MARTIROLOGIO.

SANTA JULIANA DE FALCONIERI, virgen, en Florencia; fué fundadora de las religiosas de la orden de los Siervos de la Virgen María en dicha ciudad, á la cual canonizó el papa Clemente XII. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES GERVASIO Y PROTASIO, hermanos, en Milan: Gervasio por mandato del juez Astasio fué azotado con cordeles empo-